

*John Locke's Travels in France 1675-1679. As related in his Journals, Correspondence and other papers.* Ed. with an Introduction and Notes by I. Lough. Cambridge University Press, 1953, LXVII, 309 páginas.

Los ingleses fueron infatigables viajeros en esos siglos cruzados de rutas que son el XVII y XVIII. El viaje de la gente de calidad se convierte en una pieza indispensable de su educación. Es lo que se llamaba el *Grand Tour*. «En Inglaterra se está convirtiendo cada vez más en costumbre esto de enviar a los jóvenes a viajar por el extranjero, inmediatamente después de abandonar la escuela y sin mandarlos a la Universidad», nos dirá Adam Smith. Otro autor señaló los posibles fines de estos viajes, así J. Tucker en sus *Instructions for travellers*: «Las personas que proyectan un viaje, lo hacen generalmente con vista a obtener uno o varios de los fines siguientes: Primero, hacer colección de curiosidades, como los filósofos naturales, los virtuosos o entendidos, o los anticuarios. Segundo, hacer progresos en pintura, cultura arquitectura o música. Tercero, obtener reputación de ser hombre amante de las bellas artes, y de elegante gusto. Cuarto, adquirir aires extranjeros y adornar sus caras personas con finas prendas y nuevas modas, y su conversación con frases nuevas. Quinto, liberarse de prejuicios locales (lo cual es el motivo más recomendable, aunque no el prevalente), y ganar aquella visión amplia e imparcial de hombres y cosas que no puede proporcionar un solo país». Todos o muchos de estos fines se perseguían, y algunos se lograban. Pero lo cierto fué que ello dió origen a una movilidad más alta de un grupo social. Como el que viajaba iba acompañado de preceptor, guía o vigilante, sirvió no sólo a la educación de los jóvenes, sino a la formación de los adultos de calidad. A veces, el viaje es distinto del *Grand Tour*: tal el que hace Hume, con funciones diplomáticas, y del que son resultados sus preciosas cartas, tan ricas en noticias. También el de Lady Montagu, la elegante ilustrada, *blue stocking*, aunque ella lo niegue, del que resultó la introducción en Inglaterra de la vacuna contra la viruela. Naturalmente, el país vecino (léase Francia) es objeto de múltiple literatura de viaje. Como a la inversa, los ilustrados franceses tienen siempre a Inglaterra ante su vista, el resultado es imágenes ricas de la vida del momento. Basta citar dos ejemplos eminentes: del lado inglés, Arthur Young. Del lado francés, Voltaire.

A todos estos viajes preceden los de Locke, que dan origen a un copioso diario, una selección del cual publica ahora John Lough. Estos diarios no son desconocidos. La primera gran biografía de Locke, la de Lord King, 1829, utilizó una selección de sus diarios y correspondencias. Sobre ellos también publicó un artículo Philarète Chasles, en la *Revue de Paris*. Pero la transcripción de Lord King no siempre fué correcta, quizá debido a la dificultad de la taquigrafía que emplea Locke en su diario, y el artículo de Philarète Chasles no

tiene un gran rigor científico. Por ello el avisado lector sólo podía confiar en los abundantes extractos que en 1936 publicaron dos grandes especialistas: R. I. Aaron y J. Gibb, pero que se referían sólo a las cuestiones filosóficas. El diario no se ocupaba sólo de ellas: era muy rico en noticias vivas sobre la realidad francesa. Estas son las que nos ofrece, en una cuidadísima edición, John Lough. Su libro viene, pues, a llenar un hueco en la bibliografía de Locke. Y no sólo en ella. Por eso merece cuidadoso comentario.

Locke estuvo bastante tiempo en Francia. Dejó Londres en noviembre de 1675, pasó por París y marchó a Montpellier; de allí a Avignon y más tarde volvió a Nimes y a la ciudad citada: a Montpellier. Fué por razones de salud, y como el clima le sentara bien, todavía en 1677 continuaba en Francia. Sólo en mayo de 1679 había de regresar a Inglaterra. Su estancia la aprovechó ampliamente. Viajó mucho a través del país. Algunas regiones, como la del Languedoc, le llegaron a ser familiares. Hombre metódico, observador, recogió noticias, constató datos, observó fenómenos, y de todo tomó indicación sumaria en innumerables páginas. El resultado (o por lo menos un resumen de todo ello) lo tenemos en la mano.

Lo que califica siempre a un espectador no es sólo lo que ve, sino también lo que deja de ver. Todo espectáculo se organiza alrededor de un centro de preferencias, en primeros y últimos términos. Esto es, todo espectáculo tiene su propio horizonte. En las noticias de Locke sobre la realidad francesa, lo que sorprende es el cuidado y la sensibilidad para recoger el detalle real, mínimo, sencillo, y las grandes líneas de organización del vivir común. Lo que Locke desprecia es la pura retórica y suntuosidad de la corte y de la aristocracia francesa. Su genio es empírico y social. Al modesto *gentlement*, que aún no ha escrito casi nada, sólo le preocupa darnos detalle de la vida real. En la vida real juegan un papel los factores políticos, y en este sentido Locke nos describe la máquina del gobierno, en su sector central y local; las transformaciones que está experimentando; incluso se refiere al rey en más de una ocasión. Pero donde está el centro de su atención es en el desarrollo de la ciencia, del que da noticia muy amplia, y en el despliegue de la vida. Así nos da cuenta del estado de los caminos, de los cambios de la moneda, del peso de los impuestos y, sobre todo, de la vida del pueblo menudo. Recojamos sólo algunos testimonios. Así, al final de su viaje por Provenza nos dice que «el pueblo, si uno juzga por sus trajes y por su modo de comer, tiene, como el país, cinco acres de pobreza por uno de riqueza». Y nos da el detalle de que en una localidad y en la casa de un jardinero, la única comida que tenían en domingo era un trozo de carne congelada frita en aceite. «El pueblo de Francia no progresa, por lo menos en el campo.» Le interesa no sólo el jornal del obrero, sino incluso, cómo se reparte este jornal. Al oeste de Burdeos, tiene una conversación con una campesina, y de ella toma los datos exactos de sus ganancias y gastos. La página, que puede verse en la edición que comentamos, 236-37, parece la de un moderno. La veracidad, precisión,

el amor al detalle concreto, la honestidad, la sensibilidad por los humildes, resplandece así a lo largo de este documento.

Por eso es un documento humano y un documento del tiempo. Es el documento personal de un hombre sencillo, inteligente y agudo. Para la biografía y el pensamiento de Locke tiene una alta significación: demuestra la homogeneidad de la inteligencia. El mismo autor, que desprecia en Francia los vagos oropeles, es el que luego diseñará el camino modesto y seguro del empirismo inglés. Su humanismo tiene, pues, esta como doble versión en distintos planos. Pero además es un gran destimonio de la época que retrata. La monarquía francesa ha llegado a uno de sus instantes más altos y gloriosos. Pero la realidad social a su base tiene mucha sombra y problemas. Haber señalado con mano segura alguno de ellos es un mérito imperecedero de los diarios que hoy se publican.

E. G. A.

KARSTEDT, Peter: *Ethik more iuridico*, Meisenheim am Glan, 1956, 194 págs.

Obra constructiva, muy de tipo alemán, en la que se busca la explicación de la naturaleza del derecho, y no se encuentra sino a través de una visión última del mundo. El cuerpo de la investigación consta de tres partes, en las que sucesivamente se tratan los aspectos lógico, metafísico y dialéctico de la cuestión. En el primero se determinan los conceptos fundamentales de la moral, los juicios de valor ético y las leyes o normas de conducta. La parte metafísica es una doctrina de la voluntad como fuente de la vida moral. La voluntad se toma con alcance de magnitud psicológica, según expresa declaración del autor, aunque tiene mucho que ver con el modo de entenderla en Schopenhauer, como sustrato metafísico del mundo. Se esbozan las manifestaciones y condicionamientos que esa potencia tiene, y sobre ella, como instinto originario, ajeno a la noción de libertad, se levanta el edificio ético, por oposición a las tendencias que parten de imperativos racionales. En la parte tercera, la Dialéctica, se toman las categorías de la moral como variables en función de la vida, condicionando una moral flexible en cuanto a la calificación de los medios y orientada hacia la «salud del alma» o la «seguridad de la existencia».

A la base de esta construcción se nos ofrece un estudio introductorio en que se discuten las posiciones de toda la tradición en este campo de lo ético, que, como venía dependiente de concretas soluciones teóricas, obliga a tomar partido también frente a esas soluciones. Es de interés comprobar la ida del autor en busca de la fuente para sus ideas hasta el período en que entra en crisis la concepción intelectual realista del mundo en la edad media, ocupando su lugar el nominalismo. Como los nominalistas, nos vemos mover en este libro, no